

UNA BIOGRAFÍA FALSIFICADA DE COLUMELA

Antonio HOLGADO

*Al Dr. D. Manuel Fernández-Galiano,
en homenaje de admiración y de afecto.*

En su admirable edición del libro X de Columela,⁽¹⁾ el maestro Fernández-Galiano dedica, en la Introducción, un apartado al tema «Columela en España», y, después de referirse a la farragosa y en buena parte imaginaria biografía de Columela por V. Tinajero, añade: «No hemos podido ver la obra de Arturo Cayuela Pellizzari *Lucio Junio Moderato Columela. Biografía* (Pamplona, 1888)..., pero es probable que se parezca a la de Tinajero».⁽²⁾ Y no le engañaba del todo su buen olfato.

En efecto, el mero hecho de escribir una Biografía del gran agrónomo latino, siendo tan escasísimos los datos que sobre él poseemos, predispone a pensar en lo que hizo Tinajero. No se pueden llenar páginas hasta completar un libro (por reducido que sea) sobre la vida de Columela, si no es a base de digresiones, de mucha imaginación y de poco rigor. Pero lo de Arturo Cayuela es más grave. Tinajero, aunque hincha los datos hasta reventarlos, no intenta engañar a nadie. Como he escrito en otro lugar, «el lector puede perfectamente en esta biografía separar el grano de la paja, lo que realmente se sabe de Columela y lo que son digresiones o fantasías del biógrafo, en todo caso digresiones complementarias y fantasías inocentes».⁽³⁾

(1) M. FERNÁNDEZ-GALIANO, *L. J. M. Columela. De cultu hortorum*, Madrid, 1975.

(2) *Op. cit.*, p. 37.

(3) En mi *Introducción* a la traducción de la obra completa de Columela, realizada por un equipo de profesores dirigido por mí (en prensa).

Este no es el caso de A. Cayuela, que escribe, voluntaria y conscientemente, *una biografía falsificada de principio a fin*, queriendo enmascararla bajo una apariencia científica, en la línea de los falsos cronicones;⁽⁴⁾ de los libros plúmbeos de Granada⁽⁵⁾ y de otras falsificaciones famosas, pero con mucho menos talento que los autores de éstas.

Y lo más sorprendente es que logró engañar con su superchería a los miembros de la Real Academia Gaditana de Ciencias y Artes, pues dicha Academia premió su trabajo con el accésit del premio de biografías de gaditanos ilustres fallado el día 9 de octubre de 1887.⁽⁶⁾ Aunque quizá bastara con denunciar, sin más, la falsificación, tal vez no resulte inoportuno repasar, con cierto detalle, la enorme cantidad de infundios amontonados por el falsario.⁽⁷⁾

Encabeza la obra una «Carta-Prólogo» de Ildenfonso Bermúdez Alcubilla, ilustre personaje que creyó también a pie juntillas los datos de Cayuela y, claro está, se cubrió de ridículo ensalzando las dotes investigadoras del autor. Para evitar el ensañamiento, baste un párrafo de dicho Prólogo: «Sorprende a primera vista que lo que muchos podían haber escrito y no lo han hecho aún, por dificultades inherentes a empresa tan ardua y difícil, lo haya ejecutado usted; pero, ¿de qué manera?, perfectísimamente; con una copia de datos imposible de obtener si no es recurriendo a muchas y muy distintas obras de todas las Bibliotecas; y aun así ¡Qué de esfuerzos ha tenido que vencer su voluntad antes de conseguir el propósito que le animaba!». Los únicos esfuerzos de Cayuela fueron de imaginación. Y en eso sí que no se le puede reprochar nada.

Sigue un «Prefacio del autor», en el que se nos da un «adelanto» de las decisivas aportaciones que se hacen a la biografía de Columela, y que no pueden encontrarse en ninguna otra biografía anterior, «desde la muy conocida de Plinio el naturalista hasta la redactada por Alvarez de Sotomayor y que figura al frente de la primera edición española [del] *De re rustica*; desde la que dio a luz en francés el conde de Villenoire hasta la última publicada por el célebre botánico belga Mr. Gornhasan». Sabido es que Plinio el Viejo no escribió, por supuesto, ninguna biografía de Columela, ni nos da noticia alguna sobre él, aparte de citarlo nominalmente una

(4) Véase J. GODOY ALCÁNTARA, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, 1868 (reimpresión, Madrid, 1981).

(5) Véase la edición de M. J. HAGERTY, *Los libros plúmbeos del Sacromonte*, Madrid, 1980.

(6) En la prensa gaditana de la época, por ejemplo, en *El liberal reformista*, 10 de octubre de 1887, pág. 3, col. 2, puede verse el fallo de dicho premio. La biografía se publicó con esta aclaración: «Trabajo laureado en el Certamen Científico Literario celebrado en Cádiz el día 9 de octubre de 1887, bajo los auspicios de la Real Academia Gaditana de Ciencias y Artes».

(7) La no existencia de autores latinos inventados por el biógrafo la hemos comprobado fundamentalmente en la RE de PAULY-WISSOWA. Para los filólogos ficticios hemos consultado el *Nomenclator Philologorum* de F. A. ECKSTEIN (Leipzig, 1871; reimpresión, Hildesheim, 1966) y diccionarios especializados.

docena de veces en su *Naturalis Historia*.⁽⁸⁾ Álvarez de Sotomayor es el autor de la primera *traducción* (que no edición) española del *De re rustica*, en 1824, y lo poco que dice de la vida de Columela (llamarlo biografía es exagerado) lo toma, como él mismo afirma, de los hermanos Mohedano, a los que no nombra Cayuela y que sí escribieron una breve biografía de Columela, apoyada, con rigor científico, en las pocas noticias que proporciona su propia obra.⁽⁹⁾ Tampoco conoce Cayuela la biografía escrita por el citado V. Tinajero, aparecida en 1879, nueve años antes que la suya.⁽¹⁰⁾ Respecto al conde de Villenoire, en caso de que exista (que lo dudo), no escribió desde luego ninguna biografía de Columela. Y en cuanto a Gornhassan, más adelante me referiré a él.

Sigue Cayuela, afirmando que las noticias que él va a dar sobre Columela, desconocidas hasta ahora, se las han suministrado «los dos Sénecas, Lucano, los dos Plinios, Marco Augustal, Trevelio, Pomponio Mela, Ariscótides, Celio Gelión, Genesio Spusio, Aulio Vitrebio y otros muchos escritores de la Edad de Oro y de la decadencia de la literatura latina». En esta lista se mezclan autores conocidos, como los dos Sénecas, Lucano, los dos Plinios y Pomponio Mela (ninguno de los cuales, por supuesto, nos da ninguna noticia de Columela) con otros seis autores *inexistentes*, algunos inventados con torpeza, pues sus características fonéticas mismas los excluyen de ser nombres latinos, *Marco Augustal* le ha sido sugerido por Claudio Augustal, amigo de Columela, de quien no tenemos ninguna otra noticia que la que nos da nuestro agrónomo.⁽¹¹⁾ *Trevelio (sic)* recuerda igualmente a otro amigo de Columela, Marco Trebelio,⁽¹²⁾ probablemente el legado de una legión en la que pudo haber militado nuestro agrónomo.⁽¹³⁾ Los otros cuatro son nombres aún más ficticios, con un *Spusio* y un *Aulio* disparatados.

Afirma luego Cayuela que le ha movido a escribir su biografía el hecho de que «no hace seis meses que el escritor Womflench, miembro de la Academia Imperial de Ciencias Naturales de Berlín, sostuvo ante un numeroso auditorio de sabios que las obras equivocadamente atribuidas a Columela eran producto de Plinio, Trevelio y Ariscótides; que el agrónomo andaluz no había existido nunca...». Quien no existió

(8) Véase O. SCHNEIDER, *In C. Plini Secundi Naturalis Historiae libros Indices*, Gotha, 1857 (reimpresión, Hildesheim, 1967).

(9) R. y P. RODRÍGUEZ MOHEDANO, *Historia literaria de España, tomo VIII*, Madrid, 1781 (especialmente pp. 1-39).

(10) V. TINAJERO, *Los doce libros de agricultura de Lucio Junio Moderato Columela, nuevamente reimpresos con la biografía del autor*, Madrid, 1879. La Introducción-Biografía se publicó también aparte, en el mismo año, con el título de *Lucio Junio Moderato Columela. Sus viajes, su gobierno en Asia y sus obras*.

(11) *De re rustica*, XI, 1, 1-2.

(12) *Id.*, V, 1, 2.

(13) Este problema lo tratamos en nuestra citada *Introducción*. Véase también C. CICHORIUS, «Zur Biographie Columellas», en sus *Römische Studien*, Leipzig, 1922, pp. 417-422.

nunca fue el tal Womflench, otro personaje infundado; y nadie ha sostenido nunca la no existencia de Columela ni la no paternidad del *De re rustica*. Pero Cayuela, para rebatir este fabricado maniqueo, que fundaba su opinión de la no existencia de Columela en el hecho de que no se sabe nada de él, dice al final de su «Prefacio» que «es conocida hasta en sus más mínimos detalles e insignificantes pormenores la vida de nuestro antiguo sabio». Y enseguida va a pasar a «demostrarlo».

Viene ahora la *Biografía* como tal, y ¡por Hércules! que Cayuela cumple a la letra lo de los «insignificantes pormenores». Tendríamos que reproducir la biografía entera para poder dar idea de todos los detalles, ya que no hay dos líneas seguidas sin una noticia inventada.

La primera media docena de páginas está dedicada a un encendido «elogio de España». A pocos años de desastre del 98, y cuando ya eran jóvenes los principales representantes de la generación de esa cifra, cuando ya el jovencuelo Baroja empezaba a pensar sobre España lo que más tarde expresará el Andrés Hurtado de *El árbol de la ciencia*, Cayuela sigue en la retórica imperial, grandilocuente y huera, amplificando una y otra vez la idea de que «no existe un solo palmo de terreno en Asia, América, África y Europa, que no atestigüe el genio sin límites y la bravura indomable de nuestra raza nobilísima». Y entre los genios literarios que Hispania aporta a Roma, junto a Séneca, Marcial, Quintiliano, Pomponio Mela y Columela, intenta colar de matute a dos supuestos genios hispanolatinos inexistentes: *Publio Favilio* y *Cayo (sic) Bretón*.

Y vamos ya con las noticias concretas sobre la vida de Columela, noticias en verdad estupefacientes, con el único defecto de ser pura ficción. Recogemos las más llamativas. Nació «el día de los Idus de Marzo correspondiente al año 753 de la fundación de Roma (uno antes de la era cristiana)». Sus padres fueron «Servio Publilio Columela, edil urbano» y «Fulvia Vitelia». Fue «primero y único vástago» de su familia. A los pocos días de nacer, su padre llamó a los augures, que vaticinaron, basándose en diversas señales, que el niño «no tan solo alcanzaría grandes riquezas materiales, sino que legaría a la posteridad un nombre gloriosísimo para honra e inmediato provecho de su excelsa patria». Estudió con «el preceptor Tulio Prenesto, a cuya célebre Academia de Gramática, Filosofía, Historia y Ciencias Naturales acudían los jóvenes de las más ilustres familias, no solo de Gades, sino de otras ciudades de la Bética y de la España Citerior, tales como *Tarraco* (Tarragona), *Ilerda* (Lérida), *Toletum* (Toledo) y *Ebusus* (Ibiza)». Cayuela, como vemos, no remienda de viejo. Además de la fecha exacta del nacimiento y de los nombres de los padres, se inventa un Tulio Prenesto tan famoso que debía dar sopas con honda al mismísimo Quintiliano, ya que atraía a *Gades* a jóvenes procedentes de lugares tan lejanos. Naturalmente Columela resultó un niño prodigio, que «a la edad de 14 años poseía vastísimos conocimientos en casi todos los ramos del saber», hasta tal punto de que «su anciano profesor no podía menos de abrazarle apasionadamente y llorar a lágr-

ma tendida cuando, delante de sus otros discípulos, disertaba sobre algunos de los arduos problemas físicos o agronómicos de inmediato interés y aplicación para los múltiples fines de la vida». La agricultura era, claro está, su afición preferida; y, «sin acordarse ni un solo momento de las diversiones propias de los muchachos de su edad», de dedicaba a recorrer los campos, observar, tomar apuntes, preguntar, etc., y así iba acumulando conocimientos con los que luego, en la citada Academia, «causaba el asombro de todos sus oyentes». Jacobo de Vorágine se hubiera muerto de envidia ante este puro ejemplar de *leyenda áurea*.

En este tiempo, y en la Bética, Cayuela, «conoció a Lucio Volusio», que era «uno de los hombres más sabios y distinguidos de la época; y cuyos «conocimientos físicos, médicos y agronómicos le habían valido en muchas circunstancias el ser consultado por las principales Academias o Escuelas del Imperio». Todo es pura invención, excepto la existencia de Lucio Volusio. Pero Columela dice (I,7,3) que oyó hablar de temas agrícolas «al viejo consular y hombre riquísimo *Publio Volusio*». Y *Publio* mantienen las mejores ediciones, como la de Lundström y la reciente de Richter. Mas como este *Publio Volusio* no es conocido, las ediciones antiguas lo cambiaron por *Lucio Volusio*, con cuyo nombre se conoce a dos personajes, ambos por los *Anales* de Tácito (III,30,1 y XIII,30,2). Pero ni de uno ni de otro sabemos otra cosa que el hecho de haber ocupado cargos públicos y poseer una gran fortuna. Tampoco hay base para pensar que Columela conociera a *Publio Volusio* en la Bética; más bien debió de conocerlo y oírlo en Roma. Y, desde luego, nada se sabe de que hicieran amistad; mucho menos, de que, como escribe Cayuela, «el joven gaditano» cobrara «inmenso cariño a Volusio, tanto por su saber como por sus estimadísimas prendas de carácter, afabilidad y dulzura».

Cuando murió su supuesto maestro Prenesto, Columela, cómo no, «lloró con el más vivo pesar», le costeó los funerales y consiguió de los ediles que «honrasen la memoria del insigne geómetra y botánico colocando una lápida conmemorativa en la humilde vivienda donde aquél nació y dando su nombre a una de las más céntricas vías comerciales de la ciudad». Aparte el anacronismo de la denominación de las calles, sólo le faltó a Cayuela, para redondear su ficción, decir que la actual *calle Columela* de Cádiz, la vía comercial más céntrica de la ciudad, fue la que llevó hace casi dos mil años el nombre de *Prenesto*, cambiado luego por el de su insigne discípulo.

Nuestro agrónomo, a sus 23 años, fundó en Gades una «Escuela Agrícola», que se convirtió en «provechoso plantel de distinguidos profesores agrónomos... y sirvió de norma para otras varias Escuelas de igual índole, fundadas después en varios puntos de la Bética, la España Citerior y la Tarraconense» (no sabe Cayuela que, en esta época, la Hispania Citerior y la Tarraconense son la misma cosa). En cuanto a la «Escuela Agrícola», la idea le ha venido al biógrafo de que nuestro agrónomo, al comienzo del libro IV de su obra, nos dice que Silvino había leído el libro III, sobre

la plantación de viñas, «a muchos aficionados a la agricultura» (*compluribus agricolationis studiosis*), y que éstos le pusieron un par de reparos. Este pasaje ha hecho pensar a algunos, incluso modernos, en la posibilidad de que Silvino, y también Columela, dirigieran en sus fincas «a sort of Agricultural College»⁽¹⁴⁾ sobre todo para formar capataces y administradores de fincas. Pero es, como reconoce el propio Baldwin, una «osada conjetura». En efecto, podía tratarse de un simple grupo de amigos aficionados a la agricultura, interesados por ella (eso significa propiamente *studiosus*), que se reunieran para comentar los libros de Columela conforme iban publicándose. En todo caso, esto sucedería en Roma y cuando el autor estaba ya en plena madurez o comienzos de la vejez. Es pura invención hacerle fundar una Escuela de este tipo en Cádiz y «a sus 23 años».

Como invención es, asimismo, afirmar que se sabe por «varios autores» y por «pasajes de algunas obras de Plinio y Séneca» que Columela decidió escribir su *De re rustica* desde que fundó su Academia, «al ver que las *cartillas agrarias*, escritas con el objeto de difundir la enseñanza de la agricultura, no eran bastantes a contener los múltiples preceptos científicos en que dicho importante ramo del saber se apoya». Pero no pudo llevar a cabo su intención porque cuatro años después de la fundación de la Escuela murieron su padre y su madre, «víctimas ambos de la horrible peste que azotó a la Bética a los comienzos del primer siglo de la Era Cristiana» (?); y unos meses después murió también su tío Marco Columela, «nombrándole único y universal heredero de todos sus bienes y pingües propiedades rústicas de la campiña jerezana». El tío de nuestro agrónomo, Marco Columela, citado media docena de veces en el *De re rustica* con admiración y afecto (único pariente suyo cuya existencia conocemos), parece haber sido, según estas noticias, un acomodado y experto agricultor, y es posible que infundiera en su sobrino, cuando niño, las aficiones agrícolas; pero nada más sabemos de él, ni que careciera de hijos ni que dejara sus bienes a nuestro autor.

Entonces, prosigue Cayuela, muertos sus padres y su tío, a la edad de 27 años (pues decía Cayuela que había fundado la Escuela Agrícola a los 23 años y que estas muertes habían ocurrido cuatro años después), es cuando Columela se marcha a Roma. Así soluciona expeditivamente el biógrafo uno de los muchos misterios de la vida de Columela: la época de su ida a Roma. Nos da Cayuela detalles novelescos de este viaje y de sus preparativos: llama Columela «a su amigo y condiscípulo Honorato Celión» (otro personaje inventado), tarraconense, para que se haga cargo de la Academia durante su ausencia; se embarca hacia Roma y, «aunque el tiempo no fue muy bonancible ni el viaje estuvo desprovisto de varios incidentes y dificultades», llega al puerto de Ostia; entra en Roma «por la vía Vecus Minerva» (?) y lo hace en el

(14) B. BALDWIN, «Columella's Sources and how he used them», *Latomus*, 1963, 785-791 (especialmente pp. 790-791).

momento en que «César Calígula» se dirigía al Campo de Marte para pasar revista a las legiones. Esto sucedía, de acuerdo con la cronología columeliana inventada por Cayuela, el año 26 d.C., cuando aún faltaban 11 años para que subiera al trono el César Calígula.

Prosigue Cayuela con una serie de datos menudos tan curiosos como fantásticos, y relata cómo nuestro agrónomo fue a visitar a su amigo y protector Volusio (al que nos hemos referido más arriba), que era ya anciano y estaba enfermo, y cómo éste lo puso en contacto con personajes importantes de Roma: Séneca, su hermano Anneo Novato, Publio Silvino, Marco Trebelio (él escribe *Trevelio*) y Claudio Augustal. Estos cinco personajes fueron, efectivamente, amigos de Columela, según sabemos por diversos pasajes de su obra; pero de los tres últimos sólo sabemos lo que allí se nos dice: que animaron a nuestro autor, el primero, a escribir su obra agrícola, el segundo, a exponer los preceptos de agrimensura, y el tercero, a escribir en prosa su libro X, sobre horticultura, que había escrito antes en verso. Ni una palabra se nos dice de la vida ni de la profesión de ninguno de ellos. Pues bien, Cayuela, sin pestañear, escribe que Publio Silvino era «profesor de Historia Natural y Física en la Academia Pompeyana» (?); que Marco Trevelio era un «insigne geógrafo»; y que Claudio Augustal era un «arquitecto y matemático distinguido». Téngase en cuenta, por lo que respecta al último, que Columela se refiere a él, al comienzo del libro XI, calificándolo de *adulescens*, siendo así que nuestro agrónomo escribió dicho libro, con toda probabilidad, cuando tenía más de 60 años.⁽¹⁵⁾ Es decir, cuando Columela contaba 27 o 28 años, época en que Cayuela sitúa el encuentro entre ambos, es posible que Claudio Augustal ni siquiera hubiera nacido, o, como mucho, sería un niño de corta edad, lejos todavía de convertirse en un «arquitecto y matemático distinguido».

Sigue Cayuela fantaseando, y ahora con una pincelada sentimental. No se tienen noticias de si Columela fue un hombre casado, aunque algunos se inclinan a creer que sí, por la coloración ideológica de su obra y, más concretamente, por un pasaje (*Praefatio*, 15), en el que afirma que los *patres familiae* de su tiempo han olvidado la hoz y el arado y «nos hemos metido dentro de la ciudad...», etc., expresándose en primera persona del plural. La prueba no es, ni mucho menos, decisiva, pues puede tratarse de una manifestación lingüística generalizadora (de hecho, él no había olvidado la hoz ni el arado), además de que un *pater familias* podía serlo sin necesidad de estar casado. Pues bien, Cayuela nos ofrece sobre la cuestión toda clase de detalles, enhebrando una breve novela rosa, romántica, sentimental y dolorida. Nuestro agrónomo, en un viaje a la ciudad de Carseoli, por motivos que igualmente inventa el biógrafo, «conoció a Plácida Casia, hermosa joven, huérfana,

(15) En nuestra mencionada *Introducción* dedicamos un apartado al problema de la «fecha de composición» del *De re rustica*.

oriunda de una de las más principales familias patricias romanas, y que en aquella época se hallaba bajo la tutela de su tío Propercio Septimio Avidio, riquísimo propietario....». Se enamoraron, cayendo ambos bajo «el dulce y blando yugo del amor», y «al año y medio escaso de aquella casual visita verificada a *Carsolí* (sic), celebrábase en Roma, con espléndidas fiestas, el casamiento de Lucio Junio con la bellísima sobrina del potentado patricio». En una de las notas del final de la biografía, Cayuela añade, para Plácida Casia, además de las mencionadas características de joven, hermosa, rica y huérfana, su condición de «distinguida poetisa», e, inventando una vez más autores y obras, dice que hablan de ella «Honorato Celión en su libro *Poetas del Imperio*» y «Ludovico Efersson en sus *Narraciones biográficas de los grandes genios literarios de la Roma imperial*». No era la joven, a lo que se ve, una poetisa cualquiera, sino uno de los «grandes genios» de la poesía romana. También dice en la misma nota que Columela «sin duda alguna hace alusión a ella en el prefacio del tomo 7º» de su obra; y resulta que, por una parte, el libro VII no tiene prefacio (otros libros sí), y, por otra, el capítulo 1 de dicho libro está dedicado exclusivamente a exponer las características del «asno común»; y cuesta trabajo creer que en esta disquisición sobre el asno exista una alusión encubierta a su bella y querida esposa. La nota dolorida de esta ficción sentimental se halla en que la dulce Plácida Casia, según el biógrafo, murió prematuramente, dejando a nuestro agrónomo «solo en el mundo, sin familia; sin hijo alguno que pudiera mitigar con sus caricias el horrible dolor que entonces experimentaba». Un poco más adelante se nos dice cómo palió Columela este dolor y esta soledad de viudo sin hijos: adoptando a la hija huérfana de su amigo Claudio Augustal, «asesinado en su propio lecho por los odiosos secuaces de Nerón». Y, cómo no, nos da Cayuela el nombre de dicha niña: *Caya* (?) *Virginia Spusia* (?), nada menos que con los *tria nomina* propios del varón y no coincidiendo ninguno de ellos con el de su padre. Todos estos pormenores nos brinda el biógrafo sobre el estado civil, totalmente desconocido, de Columela.

Pero hay muchas más noticias. Se nos habla con todo lujo de detalles de una supuesta entrevista de Columela con el emperador Claudio, a petición de éste. Se nos informa de cuándo escribió el agrónomo los cinco (?) libros *De arboribus* y del enorme éxito que obtuvo la obra. Y se nos cuenta, soltando las bridas de la imaginación, cómo Claudio Augustal, deseando mitigar el dolor de su amigo Columela a la muerte de su esposa, proyectó alejarlo de Roma por un tiempo y, para ello, consiguió del «Emperador *Tito*» (se refiere a Claudio, al que se denomina en otros pasajes «*Tito Claudio*») que extendiera, a favor de nuestro agrónomo, un nombramiento inada menos que de «Prefecto Imperial visitador de los países comprendidos entre el Ganges, el Eufrates y el Indo!» De una noticia que se nos da de pasada en el *De re rustica* (II,10,18), cuando Columela, al hablar del ajonjolí, afirma que ha visto personalmente (*ipse uidi*) sembrar esta planta en Siria y en Cilicia, conjeturó Gesner que tal vez estuviera nuestro autor en Oriente ocupando un cargo público. El citado

V. Tinajero da por sentada la certidumbre de esta hipótesis, añadiendo por su cuenta que fue procónsul de Asia, y ello le da pie para hacer una de sus múltiples digresiones, hablando de los cargos públicos en Roma y trazando un idílico cuadro de las bondades de la gobernación de Columela en Oriente, Cayuela, que, como hemos apuntado, no conoce la biografía de Tinajero, publicada nueve años antes que la suya, en lugar de procónsul lo hace «Prefecto Imperial...» etc. Hoy, tras el descubrimiento de la inscripción de Tarento (*CIL*, IX,235 =*Dessau* 2923), sabemos que nuestro agrónomo fue tribuno militar en la VI legión *Ferrata*, que estuvo varios años acantonada en Siria,⁽¹⁶⁾ con lo que ya está explicada la estancia allí de Columela. Lo que Fernández-Galiano comenta a propósito de Tinajero: «¿Qué novela italiana no nos hubiera escrito el buen Tinajero si hubiera conocido la inscripción de Tarento?»⁽¹⁷⁾ puede aplicarse, y con más razón, a Cayuela, que hubiera fantaseado sobre las virtudes militares de nuestro agrónomo y sobre mil acontecimientos en los que habría intervenido decisivamente. Como fantasea sobre la despedida de Columela y sus amigos, que fue «triste, patética y conmovedora», y «una mañana, cuando el sol naciente extendía sus primeros rayos sobre las tranquilas aguas del Tíber y la hermosa campiña romana, Columela se embarcó en uno de los fuertes e inexpugnables buques de la armada imperial...»; y «a los dos meses de su salida de Roma... atracó al grandioso y magnífico muelle de Eudoxis» (?); y estudió allí, en Oriente, la fauna y la flora, permaneciendo en aquellos lugares «catorce años», y hasta «proponíase continuar viviendo y morir en aquella encantadora región...», pero lo movió a volver a Roma la muerte de su amigo Augustal y el deseo de adoptar a la hija de éste, huérfana y pobre, deseo que llevó a cabo, según ya hemos referido.

A su vuelta a Roma, sigue Cayuela, que coincidió con momentos en los que «el pueblo amotinado... pedía con estentórea voz la muerte de aquel inicuo César» (se refiere a Nerón), recogió a su hija adoptiva, saludó a sus amigos y se retiró a Carseoli, donde vivió sus últimos años cultivando sus viñas y suscitando la admiración de sus conciudadanos por su obra *De re rustica*, «publicada al año siguiente de su regreso a Roma». El último libro de su obra provocó en los sabios, según el biógrafo, «un entusiasmo indescriptible; y fue tal la admiración que produjeron en todas partes sus páginas interesantísimas, que Plinio el Mayor, que por aquel entonces era una autoridad indiscutible entre los más famosos sabios del Imperio, afirmó en sus disertaciones de la Academia Claudia (?) que, como Columela, no había habido ningún otro hombre capaz de hacer una verdadera revolución en las difíciles ciencias agronómicas». ¡Qué más quisiéramos que tener una declaración de este tipo en la obra de Plinio! Cayuela no sabe que Plinio no parece mostrar excesivas simpatías hacia Columela, sino más bien al contrario, hasta el punto de que los hermanos Mo-

(16) TÁCITO, *Anales*. II,79 y VI,41.

(17) M. FERNÁNDEZ-GALIANO, *op. cit.*, p. 37.

hedano se consideraron obligados a escribir, en defensa de Columela, una larga «Apología contra Plinio».⁽¹⁸⁾

Dos últimas noticias sobre Columela nos da nuestro biógrafo, y las dos muy «importantes»: la primera es que su tratado «fue traducido al griego inmediatamente por el naturalista y físico tebano Eulión de Enélides» (otro nombre inventado!); y la segunda nos desvela otro de los misterios de la vida del agrónomo: la fecha exacta de su muerte «en el año 76 de la Era Cristiana»; y, como era de suponer, «la muerte de Lucio Junio fue llorada en todo el Imperio, y a sus suntuosos funerales (costeados por el César reinante) acudió todo el pueblo de Roma». La fecha de la muerte de Columela nos es desconocida, pero lo que es seguro es que no fue tan tardía, pues Plinio, que escribe la mayor parte, si no la totalidad, de su *Naturalis Historia* antes del 76,⁽¹⁹⁾ cita a Columela como no vivo.

Como complemento de su biografía, Cayuela ofrece, en un apartado, el resumen del contenido de la obra agronómica de Columela, desglosando brevemente el *De re rustica*, libro por libro, a lo que nada tenemos que objetar, salvo el hecho de que, al referirse al libro X, escrito en hexámetros, afirma en una nota que «primera-mente apareció redactado en prosa», cuando sucedió exactamente al revés: después de escribirlo en verso, lo resumió en prosa en el libro XI, a petición de Claudio Augustal, según nos dice el propio autor (XI,1,1). Pero también resume, uno por uno, los cinco (?) libros del tratado *De arboribus*, y de esto hablaremos un poco más abajo. Al final del referido apartado alude a las traducciones de la obra de Columela y comienza diciendo: «Varias traducciones de la magnífica obra de Columela se han llevado a cabo en España; pero la única digna de mencionarse es la debida a D. Juan María Álvarez de Sotomayor (Madrid,1824)». Y tanto que era la única digna de mencionarse: como que era la *única existente*; lo de «varias» seguramente es una ampli-ficación retórica. Cayuela no tiene noticia de la «reimpresión» que en 1879 hizo V. Tinajero de la traducción de Sotomayor, haciéndola preceder de la biografía a la que nos hemos referido. De haberla conocido, probablemente la hubiera citado como una traducción nueva, ya que Tinajero no dice de quién es la traducción que él reimprime, y, si no se está atento, puede creerse fácilmente que se trata de una traducción suya. A continuación, Cayuela se refiere a las traducciones extranjeras de Columela, que son «muchas y muy buenas, especialmente francesas, inglesas y ale-manas»; y añade que las mejores son las de «Becuarance, Barret, el Conde de Bro-tanges, Freisdhumon, Wanters, Gornhassan, Wanfectell, Gastmud y Juan de Blarch». Aquí Cayuela se supera a sí mismo. No es ya sólo que ni uno siquiera de es-tos nueve nombres se cuente entre los traductores de Columela; es que, además, los nueve son nombres inventados! Ninguno de ellos corresponde a ningún filólo-

(18) R. y P. RODRÍGUEZ MOHEDANO, *op. cit.*, pp. 401-496.

(19) Como es sabido, murió en el año 79 d.C., durante la erupción del Vesubio.

go clásico. Por lo que puede conjeturarse, Cayuela conocía, al menos de oídas, la traducción de Sotomayor, pero ninguna de las traducciones extranjeras de Columela existentes en su tiempo. De lo contrario, hubiera introducido, como suele hacer, entre los nombres inventados, alguno real. Pero está claro que ni siquiera le sonaban las traducciones más conocidas y extendidas en su época, como las francesas de Dubois o de Saboureaux, esta última incluida en la Colección Nisard.

Sigue un nuevo apartado que Cayuela titula «El hallazgo de Gornhassan» y que se relaciona con el *De arboribus*. Sabido es que el llamado *Liber de arboribus* de Columela es el libro 2 de un tratado de agricultura que debió de escribir nuestro agrónomo en su juventud y que luego refundió y amplió extensamente en el *De re rustica*. No se sabe de cuántos libros constaba aquel primer tratado, del que sólo se conserva el libro 2, como hemos dicho; las opiniones apuntan a un total de 2, 3 o 4 libros, nunca más de 4.⁽²⁰⁾ Pues bien, Cayuela, ya en el apartado en que resume el contenido de la obra de Columela, compendia los cinco libros del *De arboribus*, añadiendo que «el erudito investigador belga Gornhassan, miembro de la Real Academia de Ciencias de Bruselas,.... en el archivo del Vaticano, en Roma,.... encontró varios fragmentos de la Meteorología de Sulpicio Pompeyo Régulo, y en dicha obra se hace mención, hasta con detalles muy minuciosos, del quinto libro referente al tratado *De arboribus*, escrito por Columela, y que, por desgracia, no ha llegado hasta nuestros días»; y en una nota anuncia que «en el lugar oportuno damos a conocer a nuestros lectores el descubrimiento llevado a efecto posteriormente por Gornhassan». Ese lugar oportuno es el apartado al que hacemos referencia. Y empecemos por decir que, como fácilmente puede imaginarse, no existe el tal *Sulpicio Pomponio Régulo* ni, por tanto, esa fantasmal *Meteorología*.

En el apartado «El hallazgo de Gornhassan» nos cuenta Cayuela cómo «el día 4 de julio de 1874 llegó a Roma Mr. Alfredo Augusto Gornhassan, Vice-Presidente de la Real Academia de Ciencias de Bruselas» en viaje de estudios. Enfermó de fiebres palúdicas y, en su convalecencia, empezó a visitar la Biblioteca Vaticana, con tan buena fortuna que, al inspeccionar las obras no catalogadas «del antiguo Monasterio de Velusa (?),... en el primer paquete de libros, amontonados aún sin orden ni concierto, medio destruido por los ratones, apolillado por la humedad y cubierto de una espesa capa de polvo del célebre convento franciscano de las Marcas (?), halló Gornhassan el quinto tomo de la primera obra de Columela». Aquí tenemos un descubrimiento verdaderamente sensacional, contado con pelos y señales en cuanto a fechas, lugares, etc. (y hasta con el «toque» de las fiebres palúdicas). ¡Lástima que

(20) Una vez más hacemos referencia a nuestra *Introducción* a la traducción de Columela, donde dedicamos un capítulo a «El problema del *De arboribus*», aludiendo a las diversas opiniones al respecto y a la reciente obra de W. Richter, que niega la paternidad columeliana de dicho libro, opinión que no compartimos.

no se haya enterado de tal descubrimiento ni uno solo de los estudiosos de Columela! No hay ni una brizna de verdad en todo el relato: ni existe el «antiguo monasterio», ni existe «el célebre convento», ni existió nunca, por supuesto, «Mr. Alfredo Augusto Gornahassan», erudito belga. Pero Cayuela, no contento con relatar el descubrimiento de este supuesto quinto libro del *De arboribus*, se arriesgó todavía más a que descubrieran su superschería los miembros de la Academia gaditana, pues detalló que tal Gornhassan publicó (ino era para menos!) el libro descubierto y «en menos de cuatro años hicieron once ediciones del mismo». Parece ser que los académicos gaditanos lo que debieron de sentir fue vergüenza por no estar al día de las novedades bibliográficas sobre Columela.

Seguidamente figura en la biografía un «Apéndice», que contiene, en primer lugar, los «Nombres de los emperadores romanos que ocuparon el solio durante la vida de Columela»; y en la lista, que abarca desde Augusto a Vespasiano, se hace patente que, cuando Cayuela no se propone inventar nada, aflora enseguida su otra característica: la ignorancia. Después de Tiberio introduce como emperador a Germánico, durante el año 37, siendo así que el atrayente e infortunado sobrino de Tiberio y hermano de Claudio había muerto 18 años antes de esa fecha. A Claudio lo llama *Tito Claudio César* en lugar de *Tiberio Claudio Druso*. Y supongo piadosamente que es un simple *lapsus* la supresión de Nerón, instalando en su reinado (54-68) a Claudio. Después de esta lista, reflejo de la ignorancia del autor, viene otra que pone de relieve una vez más su descarada capacidad de invención, y que se titula «Obras españolas y extranjeras que han sido consultadas para la más acertada redacción de la Biografía que antecede». Son nueve obras, de las cuales la única no inventada es la primera: la traducción de Columela por Alvarez de Sotomayor. Las otras ocho son ficciones: una traducción de Columela al francés de un imaginario Jules Miquett; un estudio sobre el *De arboribus* del inexistente Gornhassan; una traducción francesa de la *Naturalis Historia* de Plinio por el igualmente ficticio Paul de Colohet (en sus tiempos existía la traducción francesa de Littré, que, naturalmente, no conoce); una biografía portuguesa de Prenesto, el inventado maestro de Columela; un libro sobre los españoles ilustres del Imperio romano y tres obras (una española, una traducida del francés y otra del alemán) sobre agricultura romana. Ahorro nombres de autores y títulos: todo es pura ficción. Con ello se pone de manifiesto que si éstas fueron las obras consultadas, según confesión propia, para escribir la biografía, la «única» obra que manejó Cayuela (si es que realmente lo hizo) fue pura y simplemente la traducción de Columela por Sotomayor.

Y termina la biografía con una serie de «Notas», 16 exactamente, referidas a diversos pasajes del cuerpo de la obra, concretando o ampliando noticias o datos. Es inútil cansar al paciente lector comentando, una a una, dichas notas y señalando los disparates y las ficciones que anidan en todas ellas, sin excepción. Pero no me resisto a glosar algunas de las más llamativas. En una de ellas «amplía» el catálogo

de los hispano-romanos ilustres «en la primera época del Imperio», citando seis nombres, todos inventados: «Flavio Emeritense, geógrafo insigne, autor de una obra muy poco conocida y cuyo título es «La Región Ibérica en tiempos de Nerón». Cayo Nemoriano Epuleyo, botánico distinguido. Sergio Ligurio Salmantino, geómetra. Licio Sulpicio Spusio, historiador. Claudio Hispalense, filósofo; y Domiciano Flavio, poeta didáctico». En otra nota afirma que Teodosio el Grande «ordenó al jurisconsulto Máximo Tesalónico la redacción de un código agrario...». En ninguna parte hemos encontrado al tal jurisconsulto. En otra nota reproduce «íntegra y literalmente» una supuesta carta de Columela dirigida «a su amigo Druso, Prefecto de las Galias», aconsejándole que fomente y proteja en aquella provincia la producción agrícola. En otra, asegura que la «Escuela Agrícola Gaditana», fundada supuestamente por Columela, como ya hemos comentado, «subsistió hasta la primera época de la invasión visigoda, y la (Escuela Agrícola) Hispalense hasta Leovigildo»; y se apoya para ello en cuatro autores, los cuatro ficticios. En otra nota (y termino ya las referencias) reproduce Cayuela un supuesto diálogo entre el emperador Tito (*sic*) Claudio y Columela, en el que aquél ofrece al agrónomo una recompensa por sus trabajos en pro de la agricultura, y éste (recién casado) le responde que tiene ya en su esposa la mejor recompensa posible: «Los Manes han querido darme en Plácida Casia el premio mejor que Roma tiene». Lo de darle las gracias precisamente a los *Manes* parece una premonición sarcástica de la temprana muerte de la esposa, que ya hemos comentado. Este diálogo lo toma Cayuela, según dice, de «Gaspar Barthio», autor que sí existe (Caspar von Barth) y que elogia a Columela,⁽²¹⁾ pero que, claro está, no dice una palabra de este supuesto diálogo, alusivo a la supuesta esposa de Columela, con el supuesto nombre de Plácida Casia.

Aunque sólo he ido desflorando un poco esta biografía del gran agrónomo gaditano (que ha tenido poca suerte con sus biógrafos españoles Tinajero y Cayuela, cronológicamente cercanos), creo que lo comentado es más que suficiente para poner de relieve lo burdo de la falsificación. Y quiero insistir en la tosquedad ramploña, palurda y mazorral de esta falsificación. Sabido es que en el siglo pasado hubo falsificaciones históricas a borbotones. Para referirnos solamente al campo de la filología clásica, recordemos que justamente en el año 1887, en la misma fecha en que esta falsa biografía de Columela fue premiada en Cádiz, presentaba en Roma el profesor Helbig la «fibula de Preneste», considerada recientemente, en un libro detonante, como una cuidadosa falsificación.⁽²²⁾ Y con anterioridad, en los albores del siglo, el genial abate Marchena había compuesto un fragmento supuestamente de

(21) GASPAR BARTHIUS, *Adversaria*, Francfort, 1648, libro 37, cap. 7.

(22) M. GUARDUCCI, *La cosiddetta Fibula Prenestina. Antiquari, eruditi e falsari nella Roma dell'Ottocento*, Roma, 1980. Un trabajo posterior de la profesora de Zurich C. TRÜMPY («La fibule de Préneste», *Museum Helveticum*, 40, 1983, 65-74) sigue abogando por la autenticidad de la inscripción latina.

Petronio que llenaba una laguna del *Satiricón*, y había logrado engañar a grandes filólogos, llegando a incluirse el fragmento, como petroniano indiscutible, en el *Satiricón* de la prestigiosa Colección Nisard.⁽²³⁾ Ahora bien, tanto Marchena como Helbig eran de los que el profesor Blanco Freijeiro ha llamado «falsificadores de postín».⁽²⁴⁾ Lo lamentable en el caso de nuestra biografía es que los miembros de la Real Academia Gaditana de Ciencias y Artes se dejaron engañar por un consumado ignorante, que les dio todas las pistas posibles para que descubrieran la superchería. Al no hacerlo, demostraron los académicos que su ignorancia era superior a la del falsario. Este seguramente no pensó que su falsificación pudiera tener éxito. Se trataba de académicos gaditanos, especialmente obligados a conocer (al menos, algunos de ellos) la vida y la obra de su ilustre paisano. Cayuela, en algunos pasajes de la biografía, acumula tal rimerero de disparates y de invenciones, que parece desear que lo descubran o, de lo contrario, ensañarse con la ignorancia de académicos de tales tragaderas. Al verse premiado, no dudó en publicar su trabajo, pensando, con razón, que muchos menos motivos tenían para descubrir su fraude los posibles lectores. Y no tengo noticias de que nunca, hasta ahora, haya sido denunciado el engaño.

De todo este lastimoso episodio, una cosa queda clara: esta biografía, tan burdamente falsificada, y, no obstante, aceptada y premiada por quienes se suponía que mejor debían conocer al personaje biografiado, constituye, por un lado, una acusación viva contra las personas concretas que la premiaron, pero también, desde otra perspectiva, un testimonio estentóreo del bajo nivel cultural de la España de hace cien años.

(23) El fragmento petroniano de Marchena lo publicó ya Menéndez Pelayo, que escribió una excelente biografía de este turbulento personaje en su Introducción a la Obra de Marchena (Sevilla, 1896), biografía publicada luego como libro exento (Buenos Aires, Austral, 1946). También ha publicado el fragmento M. C. Díaz y Díaz en la Introducción a su edición del *Satiricón* (Barcelona, Alma Mater, 1968).

(24) A. BLANCO FREIJEIRO, «Falsificadores de postín», *Historia-76*, nº 62, junio 1981, pp. 121-128.